



HAY MOTIVO

TOMÁS
CUESTA

LA VESTAL BATASUNA

La alusión elíptica a las víctimas es una nota a pie de página sobredimensionada por los titulares

CON la inevitable presencia de sus exóticos paniaguados internacionales, los demiurgos de ETA se atienen a la hoja de ruta trazada por el anterior Gobierno con la sutileza de un pulpo en un garaje. De ahí que el trámite del perdón se haya convertido en una de las mayores humillaciones que han sufrido las víctimas del terrorismo en cuarenta años de silencio y olvido, de desprecio y manipulación. El impedimento táctico de recurrir a la violencia física excita otras manifestaciones de la criminalidad, como el menosprecio a las víctimas, la negación absoluta de su dimensión humana y la nula predisposición no ya a reparar, sino a reconocer el daño causado; lo que se pudo comprobar con una nitidez anárquica en la reunión dominical de Batasuna.

La estética política del terrorismo otorga a las convenciones de frontón la importancia que en estadios más avanzados de la humanidad se dispensa al acto de votar y atenerse a los resultados, de modo que la lectura de la epístola sobre los presuntos agravios no intencionados a cargo de la hasta ayer inédita Mariví Ugarteburu es todo lo que en materia de perdón, por no hablar de arrepentimiento, están

dispuestos a asumir quienes han jaleado, justificado y azuzado a los terroristas durante las últimas décadas. Y que nadie se llame a engaño, puesto que la alusión elíptica a las víctimas es una nota a pie de página sobredimensionada por los titulares, un excursus interpretado por una vestal batasuna comisionada para pasaportar una formalidad menor. Esperar otra cosa de unos especialistas en eludir a la torera la condena de casi mil asesinatos no es una muestra de ingenuidad sino lo más parecido a pegarse un tiro en un pie, más tratándose con ETA.

Frente al relato de trazo grueso que conjuga matar en pasado, los detalles no avalan el optimismo patológico que dio alas a las expectativas políticas no ya de quienes nunca han rechazado a ETA ni condenado su violencia sino de la propia banda criminal. La acelerada institucionalización del terrorismo es la consecuencia más visible de un proceso que puede culminar en las próximas elecciones vascas sin que se haya entregado un solo detonador. Por no mentar las debilidades argumentales de solicitar la disolución de un ente que está en plena fase de mutación, de la clandestinidad hacia el poder, de mangar matrículas y falsificar pasaportes a manejar los archivos oficiales de Hacienda, todo legal, ahí es nada.

Podría ser peor, podría haber sido otro, alguien más implicado, el encargado de leer unos papeles que proyectan la creación de una «comisión de la verdad» para alumbrar las raíces del «conflicto». O sea, que se les pide un poco de pudor, algo de humanidad, un atisbo de sinceridad y te sueltan un ladrillo cuyo sustento es la extendida teoría de que las víctimas, que algo habrán hecho, como se decía hasta no hace mucho, eran los malos, los opresores, el mismo aparato del Estado, sólo que renacido a veces en tricornio, a veces en niño que pasaba por ahí. Lo raro es que estas declaraciones se produzcan en un mitin en vez de ante un tribunal internacional. En calidad de acusados, huelga decirlo.